

OPINIÓN

POR RAMÓN DÍAZ

Conflictos laborales en Fray Bentos

"Estaba visto que el proyecto Botnia estaba destinado a ser acompañado por sinsabores"



COLUMNA

Por
Gabriel Pereyra



LO PEOR NO ES EL GOBIERNO SINO LA CLAQUE

Hace 15 años, con *El Observador*, nació una nueva voz en el periodismo y un nuevo empuje de la prensa independiente. En la década de 1990 la prensa jugó un papel central cuando nos desayunamos —¡oh, sorpresa!— con que en Uruguay había corrupción política. Cuando los medios empezaron a informar sobre las jodas cometidas por algunos funcionarios del gobierno blanco, desde el oficialismo se acusó a los periodistas de impulsar una "embestida baguala" junto a opositores, jueces y fiscales. Dijeron que iban a mostrar pruebas de la existencia de ese complot bagual, donde había periodistas metidos, pero nunca mostraron nada y lo único que quedó claro fue que en el gobierno se habían colado algunos bandidos. Pasó más de una década y el país alumbra hoy una ¿nueva realidad? En vez de "embestida baguala" de los medios contra el gobierno, hoy, a juicio de algunos, lo que existe es un "eje del mal" integrado por "periodistas opositores", según la clasificación hecha por el presidente de la República. El gobierno versus la prensa: nada nuevo bajo el sol, un conflicto más viejo que el agujero del mate. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría en la década de 1990 —cuando la mayoría de los periodistas resistía las acusaciones oficiales— hoy hay un nuevo personaje en escena: la claqué. Ahora, lo más lastimoso de esta vieja pugna es que el gobierno tiene aliados camuflados de periodistas. El gobierno dice que detrás de las informaciones que no le gustan hay un operativo político, y sus voceros —en general empleados de medios filooficialistas— repiten la calumnia. Que el gobierno diga una cosa por otra está en la esencia del poder, pero los periodistas obsecuentes bastardean la profesión y pisotean sus normas más elementales: lanzan rumores sin confirmar y nunca llaman a quienes aluden como operadores políticos, para darle así la posibilidad de defenderse. Algunos de estos voceros de la calumnia son los mismos que en el pasado se quejaban y/o denunciaban que había patrones que hacían jugar a los periodistas a favor de blancos y colorados. Por eso militaban por el cambio. Y lo lograron. Algunas cosas cambiaron. Estos reporteros del embuste, por lo pronto, cambiaron de patrón. (gpereyra@observador.com.uy)

Al escribirse este artículo la construcción de la planta de celulosa de Botnia sigue paralizada por la huelga. El lector recordará que la empresa contrató un elevado número de trabajadores locales, a completarse la plantilla con trabajadores fineses, que se incorporaron a la obra a su debido tiempo. Sin duda, los salarios de mercado para los niveles salariales relevantes fueron considerados, entre los parámetros relevantes, antes de optarse por Fray Bentos como sede de la inversión. Ya iniciados sustancialmente los trabajos, se supo que nuestros operarios se decían insatisfechos con las remuneraciones acordadas, y se declaraban en huelga.

Estaba visto que el proyecto Botnia, la mayor inversión extranjera en la historia del país, estaba destinado a ser acompañado por sinsabores, generando la incertidumbre de su definitiva consumación. Primeramente, a través de la oposición del gobierno de Kirchner, objetando razones ambientalistas, con una secuencia de enfrentamientos ante cortes internacionales, hasta ahora apabullantemente favorables a Uruguay, pero sin aportar soluciones definitivas; y, en segundo lugar, cuando piqueteros para obstaculizar el desdoblamiento vehicular por las carreteras argentinas hacia nuestro territorio, un estorbo más bien que una calamidad, pero un estorbo gravoso, cuya flagrante ilegalidad está lejos de facilitar su supresión.

En segundo término, y cuando parecía que la obra insinuaba su perfil, irrumpió en escena un obstáculo diferente, bajo la forma de declaración de huelga de los obreros uruguayos, en pos de mejoras económicas. Reitero que los contratos de trabajo eran recientes, como la iniciación de la obra, y que los huelguistas no invocaban ningún cambio sobre los términos del contrato. Lo que un portavoz del sindicato (Sunca) en un primer momento mencionó fueron condiciones especiales pactadas con los trabajadores contratados en Finlandia, lo cual obviamente no puede ser considerado relevante para juzgar sobre la diferencia de ingresos que merez-

can los trabajadores, locales e importados. A los operarios fineses se les reconoce derecho a un viático apreciable, como compensación por tener que trasladar la residencia de su familia a las antipodas, por considerable lapso, desde algún lugar de Finlandia a Fray Bentos, aparte de lo cual cierto número de ellos poseen aptitudes de que los nativos carecen en grado semejante. El liderazgo de la segunda, y conflictiva, etapa de las negociaciones cabe atribuirlo a Juan Sardella, presidente de la filial Río Negro del Sunca. Se trata, diría yo a la distancia, de un dirigente sindical de línea dura y, diría asimismo, que no trata de ocultarla. A partir de la contratapa de Búsqueda del 5 de octubre, podrá el lector juzgar por sí mismo.

Pero trataré de asistirlo. Sardella, por ejemplo, ha dicho: "Esto es la lucha de clases". Se trata de una de las frases más expresivas del Marx revolucionario. Marx no la usó a propósito de tensiones salariales, en realidad él esperaba que el hambre sería el agente precipitante al de la revolución proletaria (1848, Manifiesto), pero entre Stalin y Mao Dzedong deben haber liquidado sus buenos 50 millones de individuos por, supuestamente, resistir la colectivización. Pero ahora, en este mundo, ya queda muy poca gente que piense así. Los señores de Botnia tuvieron un dechado de mala suerte. Vieron los eucaliptos, y los ríos, y la gente, que a primera vista lucía normal, y cayeron como chorlitos. ¡Pobres finlandeses! Lo esencial, para considerar que una guerra de clases es inevitable, consiste en la convicción de que la relación entre los jefes de empresa y los trabajadores, en definitiva, en el largo plazo, jamás será de cooperación en el trabajo común, como de hecho es lo que hoy predomina en el mundo entero, con la excepción de Cuba y Corea del Norte. Pero estamos en América Latina, que no solo incluye Cuba, sino que Fidel, por vía directa y por vía Chávez, es el héroe colectivo de la gran mayoría. Con lo cual podríamos describir a Sardella como un hombre de su tiempo. Y además de su lugar, de su lugar en el espacio, por descontento. Típico latinoamericano fidelista poscaída del muro

de Berlín. Un hombre, pues, de tiempo y lugar tales, a nadie medianamente informada le creería el bendito.

Pero no voy a pasar toda la vida compadeciéndome de los señores de Botnia. Ellos van a perder dinero, pero no van a quebrar. Y de esta aventura, al menos, derivarán un incremento de sabiduría; si aprenden algo de tango, no tardarán en decir ellos mismos, o aún cantar, "un tropezón cualquiera da en la vida...". Pero lo que para los finlandeses será solamente un episodio, a Uruguay le va a costar muchos años de marchar derecho y de probar que los trabajadores de nuestra tierra solo quieren trabajar honestamente, conforme a lo pactado, y ello interpretado de buena fe. ¿Cuántos años? Yo no creo que una década de conducta inobjetable nos habrá devuelto el nombre con el grado de brillo que tenía antes de Botnia. Porque, entre los temas de los cócteles de las innumerables reuniones de empresarios, industriales y banqueros, así como de gobernantes y altos funcionarios, en Europa, América del Norte, Asia y Australia, ¿por ventura dudan ustedes de que el que nos interesa estará alto en el rating? Frases como la de Juan Sardella —"el conflicto con la empresa finlandesa tiene por objetivo 'arrancarle' dinero a una 'multinacional' que Uruguay financia a partir de la deuda externa"— sin duda arrancarán carcajadas en los corrillos, pero a nosotros bien podrían arrancarnos lágrimas.

Botnia ha exigido la garantía del gobierno uruguayo para evitar, si como es de esperar se suscribe un nuevo acuerdo con el sindicato, otra expoliación del contratante inversor. ¿Qué significa esa exigencia? Pues, sencillamente, que en la primera se sienten defraudados. Que se les hizo víctimas de abuso de confianza. Que ya no creen en la mera palabra de los sindicatos y el gobierno uruguayo. Que éstos deberán firmar, abriendo así las puertas de los tribunales internacionales si se intenta "arrancarlos" más dinero aún del que ya han perdido. He ahí el resumen de la tremenda pérdida que este gobierno ha inferido a la reputación de nuestra República.